Cristián sufrió una dolorosa contracción de fisonomía, se pasó la mano por la frente y dijo tristemente :

— ¿ Pero qué especie de bruto indomable soy entonces ?

Y al ver que Angogne hacía un gesto de protesta, el joven le detuvo con una mirada.

— No proteste usted. Conozco su afectuosa abnegación y sé lo que le debo. Es usted de los hombres honrados que son duros para sí mismos é indulgentes para los demás. Yo, bien lo ve usted, soy un animal inmundo. El destino me ha prodigado sus favores y yo he echado á perder todos sus dones. ¿ Qué me ha faltado para ser un buen muchacho como tantos otros ?

— Acaso el haber tenido madre, dijo con pensativa gravedad el doctor.

— ¡Ay! Si hubiera vivido, hubiera sido una víctima más. La hubiera desolado como he hecho con mi padre y como estoy haciendo con esta encantadora Genoveva que había soñado salvarme... ¿Qué pensará de mí en este momento? ¿Cómo atreverme á presentarme delante de ella? ¿Qué ha sido preciso para volverme á arrojar en el lodazal? Un simple pretexto, la primera ocasión que se ha presentado. ¡Qué miseria la mía! Y había jurado ser prudente !... Ha bastado un almuerzo de soltero para hacérmelo olvidar!

Los ojos de Cristián se llenaron de lágrimas.

— Cálmese usted, dijo el médico, y no exagere su responsabilidad. Ha sido usted arrastrado...

— ¡No! Yo mismo he buscado la falta. ¡Ah! Ya se lo dije á usted en San Jorge ; hay en la embriaguez un atractivo irresistible y misterioso... Una voz secreta me decía hoy lo que ha sucedido... ¡Bah! Lo mejor sería acabar de una vez. Me siento tan despreciable, que creo que una bala de revólver lo simplificaría todo...

— ¡Desgraciado! ¿Qué está usted diciendo ?

— Le explico á usted uno de los síntomas de mi enfermedad. Porque — y esta es mi única excusa — soy un enfermo, un loco... Cuando estoy lúcido, en presencia de mí mismo, me pregunto qué es lo que hago en el mundo y no encuentro nada bueno que responderme.

— ¡ Vamos allá! tomemos el accidente de hoy como lo que es. Una recaída, conformes, pero que usted deplora y de la que puede sacar partido para corregirse definitivamente. En vez de dejarse dominar por la desanimación, apréstese valerosamente á la lucha y piense que su futura mujer ha aceptado la misión de ayudarle en su regeneración. ¿Va usted á hacerle traición abandonándose?

— ¿Y no sería prestarle un servicio inmenso el no unirla conmigo? ¿Á qué trágica aventura se encamina? ¿ Qué puede esperar de mí ?

— Espera la realización de las promesas que usted le ha hecho. Espera su salvación de usted. Hágale la tarea fácil y llene de buena voluntad sus deberes para con ella siendo afectuoso y adicto. Ella será feliz y usted renegará de su pasado de miseria y estará salvado.

Cristián escuchaba al doctor con la frente inclinada, enteramente libre de las brumas de la borrachera y gozando con evidente satisfacción de la tranquilidad de su cuarto.

— Sería preciso, dijo, desembarazarme de todos los compañeros de mi estúpida vida... Soy tan débil que caigo sin cesar bajo su dominación.

— ¿Y qué mérito tendría usted obrando bien si le fuera muy fácil? No pretendo que se corrija sin esfuerzos. Pero se le ayudará á usted.

El reloj dió la una y media.

— Vamos, Cristián, ha llegado el momento de presentarnos... He prometido á su padre que bajaría usted dentro de una hora y el tiempo se ha pasado... Bajemos.

— Déjeme usted lavarme un poco la cara y mudar de ropa... Soy con usted en seguida.

En los salones empezaba á disminuir el número de los que llegaban y Vernier èstaba en pie, en la entrada de sus departamentos y rodeado de los amigos íntimos, como si se sintiese allí menos expuesto á las miradas burlonas de los invitados. La ausencia del hijo de la casa en un día semejante servía de objeto á todas las conversaciones. Había corrido el rumor, cuya procedencia se ignoró siempre, de que Cristián se había marchado en el tren de lujo de Monte-Carlo, con Etiennette Dhoriel. Le habían visto en la estación y hasta había dicho á la persona que le encontró : « Me quieren casar á la fuerza y pongo la frontera entre el sacramento y yo. » La noticia se precisaba, aumentada por cada uno de los que la transmitían. Una persona de más imaginación que las demás llegó á decir á Clamirón, en voz baja y con grandes precauciones, que Cristián había cogido quinientos mil francos de la caja de su padre, antes de marcharse, y que Vernier estaba muy dispuesto á hacer detener á Etiennette Dhoriel :

— Se engaña usted, respondió el amigo de Cristián, no son quinientos mil francos los que ha cogido, sino un millón quinientos mil. Yo estaba con él. El cajero quiso resistirse, pero Cristián le puso un revólver debajo de la barbilla, y él, entonces, dió las llaves sin hacer más aspavientos. Cristián se guardó un millón trescientos mil francos y me dió doscientos mil para mí... Aquí los tengo todavía, en el bosillo del frac... ¿Quiere usted verlos?

— Pero querido... objetó débilmente el interlocutor :

— No hay « pero » que valga, dijo Clamirón en son de amenaza. Yo no podía rehusar un servicio así á Cristián, que me ayudó en otro tiempo á zurrar á mi madre...

— ¿Qué dice usted?... exclamó el otro aterrado.

— Lo que usted oye, respondió gravemente Clamirón. Pero Cristián no se ha marchado por tan poco y está en París... No quiere gastar ese dinero con Etiennette Dhoriel, que ya no nos gusta, sino con un domador de la colección Pezon... Sí, señor, vamos á subvencionar las casas de fieras... Además, si usted no me cree, pregúnteselo al mismo Cristián... Ahí le tiene usted.

Cristián acababa de aparecer, tranquilo y sonriente, ante los ojos estupefactos de los que le censuraban, y se dejaba estrechar la mano por los que acababan de dedicarle las más bajas calumnias. El joven escuchaba con dichoso descuido las felicitaciones que se le dirigían y andaba lentamente, como si buscase á alguien. De pronto vió á Genoveva al lado de su madre y se dirigió hacia ella.

— Tengo que pedir á usted mil excusas, le dijo, pero mi padre ha debido prevenirla. Cuando volvía, me ha ocurrido un terrible accidente.

Dirigió una sonrisa al doctor Angogne, que estaba al lado de la joven, y añadió :

— Pero nuestro querido médico estaba allí y no será nada...

Se inclinó ante ella y dijo con la gracia que le hacía tan seductor cuando quería :

— Tome usted mi brazo, Genoveva, y vamos á dar una vuelta por los salones. Nuestra presencia será más decisiva que todos los discursos.

La joven le dirigió una profunda mirada y contestó en voz un poco baja :

— No quiero hacerle á usted la injuria de vacilar cuando todos los ojos están fijos en nosotros... Demasiados comentarios se han hecho ya sobre su ausencia de usted... Pero debemos tener una explicación y no me parece posible aplazarla.

Cristián palideció, pero se inclinó con deferencia.

— Acepto todo lo que quiera usted imponerme.

Los dos echaron á andar lentamente por los salones, distribuyendo á su paso apretones de manos y frases amables. El baile continuaba á los acordes armoniosos de la orquesta, y los jóvenes, con el corazón oprimido y una alegría forzada en la cara, se alejaron rodeados de felicitaciones y entraron en el saloncillo de la mujer de Vernier, donde el ruido de la fiesta llegaba ya amortiguado. Genoveva se sentó silenciosamente al lado de la chimenea y acercó al fuego los pies calzados de seda, como esperando que Cristián empezase el grave debate que debía abrirse entre los dos. El joven dió un suspiro y dijo, inclinándose hacia ella :

— ¿Que le han dicho á usted de mí, Genoveva? ¿De qué se me acusa?

— Nada me han dicho ni nadie le ha acusado á usted más que yo misma. Pero su ausencia era muy significativa. Ha faltado usted á todos sus compromisos conmigo, Cristián. ¡Y en qué momento!...

— ¡Si, tiene usted razón ; soy todo lo culpable que se puede ser! exclamó Cristián con vehemencia, para que no saliese tal acusación de aquella boca encantadora. ¡Es usted muy indulgente al escucharme aún!... No lo merezco...

Genoveva pareció consternada por aquella confesión de la falta, le miró con un poco de inquietud y preguntó :

— ¿Pero no invoca usted ninguna excusa? ¿Acepta usted la responsabilidad entera de su falta?

Cristián palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¿De qué me serviriá recriminar á los demás? Soy un desgraciado, Genoveva, la he ofendido á usted y he mentido... Abandóneme usted ; no valgo el trabajo que se toma para salvarme... Y no habiendo usted podido lograr mi enmienda ¿quién se atreverá ya á intentarla?

El joven se arrodilló y con la cabeza apoyada en el brazo de la butaca se echó á llorar desesperadamente. Genoveva, muy conmovida por aquella aflicción, se daba cuenta de que estaba en aquel momento jugando su porvenir y de que tenía también entre sus manos la vida de aquel desgraciado joven, juguete de las influencias externas y á quien sólo podía salvar una voluntad cariñosa y prudente. Sentía una profunda lástima por aquel espíritu enfermo que no era responsable de sus impulsos de sinrazón, y empezó de nuevo á interrogarde dulcemente :

— Sé que ha sido usted arrastrado á esa fiesta que ha tenido tan mal fin. He presenciado su irresolución cuando se trataba de aceptar y acaso soy en parte responsable de lo ocurrido, pues yo misma le aconsejé que no rehusase... Se han divertido en incitarle á usted... Ha sido un juego cruel y estúpido de amigos imprudentes, ¿ verdad?

Cristián no quiso entrar por el camino que la misma joven le abría. Se sentía culpable y no quería echar á los demás el peso de su falta, por lo que balbuceó :

— No tenía más que acordarme de mis promesas y no beber. Nadie me ha obligado. Soy, pues, un cobarde miserable y cuando tengo en mí el veneno me

vuelvo una verdadera fiera... Sepárese usted de mí, Genoveva ; no quiero que sea desgraciada y sé que la haría sufrir á pesar mío... No podrá usted conmigo... Estoy perdido... Abandóneme usted...

En su desesperada sinceridad, Cristián pronunciaba las palabras que podía haberle imaginado la habilidad más refinada. Ofrecer á aquella noble muchacha que abandonase la causa de la regeneración emprendida, era hacérsela sagrada y tocar en lo más sensible de su generoso corazón. Le cogió la mano y dijo, obligándole á levantar la frente :

— Míreme usted, Cristián ; quiero ver sus ojos, no bastante turbados para que no se pueda leer en ellos la verdad. Parece que siente usted vivamente la indignidad de su conducta, pero no tiene más que palabras amargas y gritos de desanimación. ¿ Tiene usted el deseo de reparar lo que ha hecho, ó no dice todo lo que piensa y quiere recobrar su libertad y devolverme la mía ?

Cristián respondió en el paroxismo de la desolación :

— ¡ Devolver á usted su libertad!... Sí, es el deber que me impongo en un momento de suprema honradez. ¡ Pero querer recobrar la mía!... ¡ Ay! ¿ Qué quiere usted que haga con ella? Si pudiera obtener su perdón no pediría más que vivir á la sombra de usted como un desgraciado á quien se tolera por lástima... ¿ Qué sería de mí sin usted, Genoveva ? Y, sin embargo, si se une usted conmigo, arriesga el perderse...

La joven sonrió con adorable bondad y dijo al oído de Cristián :

— ¿ Y si yo quiero correr ese riesgo por salvar á usted? ¿ No será de este modo más estrecho su deber de portarse bien ? Levante usted la cabeza, Cristián ; tome posesión de sí mismo y no se ocupe más que en sus

prudentes resoluciones. Vuelva usted á ser el Cristián de ayer, que quería obedecerme y decía que me amaba...

— ¡ Oh, sí! amo á usted y la obedeceré... ¡ Por piedad, sea usted mi guía y mi apoyo! Á su lado no flaquearé jamás. Bajo su mirada, la tentación no podrá alcanzarme y estaré seguro de mí mismo.

Se levantó, transfigurado por una nueva esperanza, mientras la música seguía resonando en los salones y el rumor de los invitados llegaba hasta ellos. Los dos jóvenes dieron unos pasos hacia el ruido, hacia el peligro, y en el momento de levantar la cortina que solamente les separaba de la fiesta, dijo Genoveva :

— Nos iremos lejos, Cristián, á buscar en la soledad y en la calma el remedio á su debilidad. Viviremos el uno para el otro y tengo la esperanza de que llegaré á curar su alma. Desde este momento no hablaremos más de lo que tanta pena nos causa. El pasado ha desaparecido. Ocupémonos del porvenir.

Cristián no respondió, pero cogió la mano que la joven le ofrecía y, al mismo tiempo que un beso, puso en ella una lágrima.